

lar sin habérselo anunciado anticipadamente. En consecuencia, continuo esperando sus instrucciones por si se ha o no de hacer el esquema del Itinerario de Don Fernando príncipe.

Otro sí: ¿ en qué ha quedado lo de la Historia?

1 de abril de 1951

Item más: encargue a Paz de un telefonazo a la Imprenta Estades para ver en qué para la publicación de mi libro, que Sr. Ferrer me lo ha adelantado. Les escribí ha poco y no me HA contestado.

Punto final. Le saluda afectuosamente, su buen amigo,

Apreciado Don Antonio:

Muchas gracias por la felicitación recibida con motivo del nacimiento del pequeño Alberto y por su intervención en la obtención del pasaporte, que hoy me ha sido concedido.

Apenas he tenido un momento de respiro estos últimos días preparando las conferencias para Francia y atendiendo a las obligaciones de la nueva paternidad. En consecuencia, veo que han quedado pendientes algunos extremos en mis cartas y en las suyas que ahora me propongo contestar.

En primer lugar, el Padre March me ha entregado un original de una obra de investigación sobre la tan traída y llevada duquesa de Alba. Es obra que, por su tema, conocerá segura venta. Desea él publicarla en la Sección barcelonesa del "Zurita", y a todo tren; esto es, no regateando medios editoriales para que luzca. Lleva un prólogo del Duque. Le agradecería me informara si puedo contestarle afirmativamente, o bien si Ustedes se encargarán de ello, pues mi presupuesto es nulo.

No me parece que me haya precipitado en el asunto de la Semana Fernandina, pues era algo en lo que yo creía que no existiría la menor dificultad. Dado el carácter exclusivamente técnico del asunto, era al Consejo a quien, a mi juicio, competía sufragar la parte principal de los gastos, o, por lo menos, apoyar la idea con todas sus fuerzas. La decisión del "Patronato" me dejó helado, tanto más cuanto me obligaba a cargar el peso del asunto en unas autoridades locales que no merecen la menor confianza de nadie... como se ha visto.

En el extremo del Itinerario de los Reyes Católicos hay un punto que debo hacer resaltar: como le dije y Usted confirma en su carta, ofrecí a Rumeu la colaboración técnica para terminar la preparación de su posible publicación desde el punto de vista de las fuentes catalanoaragonesas; pero nada tengo que ver con el encargo que se le ha hecho por la Junta del Centenario. O sea, que siempre creí que Usted dirigía este último extremo, y que mi participación para confeccionarlo hasta 1479 dependía de usted. Esto es lo que hay en firme, porque, de otro lado, jamás habría aceptado una colaboración sobre este particu-



La técnica histórica de Mr. Carr revela la persistencia de la tradición psicológica británica. Mientras la recuperada ciencia alemana alinea volumen tras volumen al objeto de abarcar en intensidad y extensión el fenómeno estatal e ideológico ruso, que tan peligrosamente se ha metido en las mismas entrañas de su país después de la más dramática peripecia militar de su vida, los ingleses se complacen en enfocar la reacción sentimental e intelectual de los héroes de la Historia. Los examinan a contraluz, sin que les impresione ni su aspecto macizo, ni sus supuestos misterios. Valga de ejemplo los dos capítulos que Carr dedica a Stalin: el camino del poder y la dialéctica del stalinismo. Buceando en las turbias aguas de la historiografía oficial - que dobla la vida a las exigencias del Poder- y de la historiografía adversa - que ha deformado el papel del jefe soviético hasta hacerlo irreconocible -, el profesor inglés ha sabido descubrir la ruda insesibilidad que anida en el fondo del dictador termidoriano de la U.R.S.S., Lenin aun era capaz de un sentimiento efusivo hacia el pueblo. Respecto a Stalin, la fórmula de su actuación política la halla Carr en la frase que escribió en los momentos álgidos de la lucha revolucionaria: "El socialismo proletario no se construye sobre reacciones sentimentales, ni sobre la justicia abstracta, ni sobre el amor por el proletariado, sino sobre principios científicos". Tales principios científicos, conocidos por el menor versado en la teoría marxista, han sido los que, en último término, trastocando el pensamiento fundamentalmente antiestatista de Marx y el oportunismo estalinista de Lenin, han permitido elevar en Rusia el más gigantesco órgano de presión política, económica e ideológica de nuestros tiempos.

Pero el hecho soviético está ahí y debe ser considerado como una realidad, no como un angustioso fantasma. Quizás las cosas habían marchado de otra manera - se pregunta Carr, - si en los momentos de constituirse el Komintern hubiesen prevalecido en Moscú los representantes del espartaquismo alemán y no los cabecillas a los que la revolución de Octubre sacó de la nada. En 1921 el tenaz socialismo alemán, con su tradición dialéctica, sus cua-